

¿Cómo está respondiendo la Iglesia Católica a la crisis de refugiados de Venezuela?

La ciudad de Cúcuta, Colombia, se encuentra en la orilla occidental del río Táchira, la frontera actual entre Colombia y Venezuela. Fue aquí, en 1813, que Simón Bolívar ganó su primera gran victoria contra los españoles en las guerras que aseguraron la mayor parte de la independencia de América del Sur. Después de la victoria, Bolívar cruzó la Rivera Tachirense y comenzó la liberación de Venezuela, la tierra de su nacimiento.

Desde 2015, cientos de miles de venezolanos han atravesado el río Táchira en la otra dirección, huyendo de la agitación económica y política en su país de origen. Algunos regresarán después de ganar pesos colombianos para gastar en su país de origen. El bolívar venezolano, la moneda que lleva el nombre de gran Libertador, carece esencialmente de valor. Los bolsos hechos de bolívares cosidos se venden en las calles de Cúcuta. La obtención de moneda extranjera es la única forma en que muchos pueden darse el lujo de alimentar a sus familias. Si bien el tráfico en el puente es pesado en ambas direcciones todos los días, cada vez más venezolanos se van para siempre, escapando de una sociedad en caída libre.

"En Venezuela, uno ya no puede obtener arroz", dijo un hombre indígena que conocí en Cúcuta después de que huyó de Venezuela. ¿En Venezuela, todo es caro. En Venezuela, cuando los niños se enferman y los llevas a los hospitales, no hay medicamentos. Por eso estamos aquí? en Colombia. A medida que la crisis de refugiados en América del Sur se profundiza, las actitudes hacia los venezolanos se están endureciendo en todo el continente. En Brasil, los gobiernos locales han intentado cerrar la frontera con Venezuela. En agosto de 2018, los ataques xenófobos contra los refugiados venezolanos y sus viviendas improvisadas provocaron el despliegue de tropas Brasileñas. En Chile, nuevas normas de visado le exigen a los venezolanos que soliciten la condición de refugiado desde dentro de Venezuela, donde esencialmente el proceso de asilo se ha detenido. Mientras tanto, Ecuador y Perú han cerrado sus fronteras a los venezolanos sin pasaportes, que son extremadamente difíciles de obtener del gobierno venezolano. Y en Venezuela, la crisis misma ha llegado a un punto de ebullición, con dos reclamos rivales a la presidencia que amenazan con llevar al país a la violencia.

Pero es Colombia la que está sufriendo la peor parte de la crisis de refugiados. Según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, más de un millón de venezolanos habían llegado a Colombia hasta mayo de 2018. Colombia no es un país rico y apenas está empezando a salir de su propio conflicto interno de décadas entre el gobierno y las fuerzas guerrilleras. Hay más de siete millones de desplazados internamente que viven en Colombia - individuos obligados a huir de sus hogares debido a la persecución o la violencia. Y en algunas regiones del país, la lucha continúa entre los militares y varios grupos de izquierda, que también luchan entre sí. La integración de casi un millón de refugiados venezolanos representa un desafío monumental para Colombia, uno que amenaza un orden social ya frágil.

Los ayudantes

Ayudando a soportar la carga de recibir a miles de refugiados venezolanos todos los días está la Iglesia Católica. La iglesia ha ejercido una poderosa influencia en la región desde la era colonial y fue fundamental para negociar el acuerdo de paz de 2016 entre el gobierno colombiano y las FARC, el más grande de los muchos grupos guerrilleros de izquierda que han estado en guerra con el gobierno colombiano por el pasadas cinco décadas El S.J.R. América Latina y del Caribe, una división del Servicio Jesuita para Refugiados (S.J.R.), ha estado activo en la región desde principios de los años 80 y realiza un trabajo crucial tanto en Colombia como en Venezuela. Ahora están en la primera línea de la mayor crisis de refugiados en la historia de América Latina.

En las últimas tres décadas, decenas de miles de colombianos se han establecido en Venezuela, escapando del difícil conflicto civil en su país de origen. Marcelo Pérez es uno de ellos. Un refugiado colombiano que ha vivido en Venezuela durante los últimos 17 años, el Sr. Pérez aún describe a Venezuela como "la tierra de oportunidades". Sin embargo, el Sr. Pérez reconoció que "la situación aquí [en Venezuela] es difícil; No es un secreto".

Pero el Sr. Pérez siente que podrá resistir la tormenta, y en una entrevista con representantes del S.J.R. dijo que "para nosotros, los colombianos, dondequiera que vayamos, no nos quedamos parados?, "hacemos nuestro mejor esfuerzo para salir adelante?".

El gobierno venezolano tiene una visión más tenue de la población de refugiados colombianos. Los problemas económicos de Venezuela se agudizaron en 2015, cuando un colapso en el precio del petróleo sacudió una economía ya debilitada por una severa mala gestión fiscal. Los refugiados colombianos demostraron ser un chivo expiatorio fácil. "Agosto de 2015 fue el gran punto de inflexión [en Cúcuta], cuando el gobierno venezolano deportó y repatrió por la fuerza a más de 22,000 Colombianos que residían en Venezuela, junto con sus familias", dijo Oscar Calderón, coordinador del S.J.R. en el estado de Norte Santander, que cubre Cúcuta y gran parte de la región fronteriza de Venezuela. "Desde entonces hasta 2016 fue principalmente una dinámica de colombianos que

regresaban de Venezuela".

El S.J.R. en Cúcuta se apresuró a encontrarse con esta primera ola de personas desplazadas de Venezuela, pero lo peor estaba por venir. Según el Sr. Calderón, 2016 fue el momento decisivo, cuando los Venezolanos comenzaron a huir. "Esta es una migración altamente compleja", dijo. "Hay personas que huyen de amenazas directas a sus vidas, otras que huyen en busca de medicamentos, familias mixtas Colombo-venezolanas?. Pero llegar a Colombia no es garantía de seguridad o estabilidad. El río Táchira marca "una zona fronteriza muy violenta", disputada por grupos guerrilleros y carteles de la droga, una región marcada por la pobreza y el resentimiento. Este es el mundo en el que los que huyeron de Venezuela ahora deben reconstruir sus vidas.

Repúblicas hermanas

Érase una vez, Venezuela y Colombia debían ser un sólo país. Ese era el sueño de Simón Bolívar; el estado de la "Gran Colombia" que abarcaba a todos hoy en día Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador, además de partes de Guyana, Brasil y Perú, hasta que se separó a principios de la década de 1830. No lejos del puente Simón Bolívar se encuentran las ruinas de una iglesia Católica que fue destruida por un terremoto en 1875. Fue en esta Iglesia donde se firmó la Constitución Colombiana original en 1821.

Hoy en día, el puente es el principal punto de entrada para los refugiados venezolanos. En el lado colombiano hay una terminal de autobuses y un mercado caótico conocido simplemente como la parada ("la parada" o "la estación"). Los venezolanos de todas las edades y orígenes se sientan a la sombra de los árboles con sus mochilas y maletas pensando en su próximo paso. A su alrededor hay buhoneros, estafadores, vendedores ambulantes de boletos de autobús, trabajadores humanitarios y policías y militares Colombianos - todos tratando de imponer un orden en el caos o de encontrar una manera de beneficiarse de los recién llegados. Las grandes carteleras anuncian las líneas de autobús y las tarifas para llegar a lugares como Bogotá, Lima o Santiago, los destinos más comunes para los refugiados venezolanos que no tienen la intención de regresar a sus hogares.

En la parada hay una cocina de comida dirigida por la Diócesis de Cúcuta. Todos los días se alimenta a más de 1.000 venezolanos aquí - y 100 o más deben ser rechazados. Al dar prioridad a las mujeres y los niños y a menudo dar la cara a los hombres desesperados que intentan ingresar, los voluntarios de la Iglesia y un sacerdote hacen todo lo posible por mantener una apariencia de orden y la dignidad de los refugiados a los que sirven. Es una tarea desafiante. Los voluntarios más de una vez han tenido que cerrar la puerta de la cocina de alimentos mientras los que estaban afuera golpeaban la puerta. El día que los visité un grupo de venezolanos alegó que la policía Colombiana había incendiado sus pertenencias. El personal del S.J.R. me dijo que esto es algo común.

Sin embargo, la población venezolana de Cúcuta sigue creciendo, ya que pocos pueden permitirse viajar más lejos. En toda Cúcuta, los venezolanos viven en la calle, en barrios improvisados de barrios marginales de las afueras de la ciudad o en refugios de Iglesias y del gobierno que ya se han sobrellenado. Las autoridades Colombianas parecen estar tan desconcertadas sobre qué hacer con la repentina afluencia de refugiados como lo están los venezolanos sobre lo que harán a continuación.

Esta situación está exacerbando los problemas existentes en Cúcuta. Para el Sr. Calderón, representa un desafío para la misión del S.J.R.: "¿Cómo construimos la hospitalidad cuando las comunidades fronterizas están sufriendo pobreza, abandono, injusticia?" "El fracaso sistémico del estado Colombiano para integrar a los migrantes los ha hecho vivir en las regiones más pobres de Colombia, obligándolos a competir con los colombianos por el mínimo?".

Un ejemplo particularmente trágico del conflicto entre las personas que viven en la pobreza se deriva de la repentina afluencia de mujeres venezolanas que trabajan como prostitutas en Cúcuta. La moneda colombiana es un salvavidas para las familias venezolanas (un solo peso colombiano vale 70 bolívares venezolanos) y, según los trabajadores del S.J.R., muchas mujeres y niñas venezolanas están recurriendo al trabajo sexual como la forma más rápida de ganar dinero. Esto, a su vez, ha reducido los salarios de las trabajadoras sexuales colombianas establecidas y ha creado graves tensiones sociales e incluso violencia entre las prostitutas colombianas y las prostitutas venezolanas.

Mujeres y niños

Todos los sectores de la sociedad venezolana están representados entre los refugiados. Los que pueden hacerlo ya se han establecido en lugares como Madrid o Miami; los flujos diarios de refugiados en Cúcuta representan a los menos afortunados, especialmente a los pobres y miembros de la clase media ahora desaparecida. Los grupos indígenas enfrentan una discriminación particularmente fuerte por parte de las autoridades Colombianas, a pesar de que a menudo pertenecen a tribus cuyos territorios históricos se encuentran a horcajadas en la frontera Colombo-venezolana.

En medio de la crisis, hay un grupo que se destaca: las mujeres embarazadas. Ningún otro grupo de refugiados parece tener una representación tanto excesiva como vulnerable. Las mujeres embarazadas o las madres con recién nacidos están en todas partes en Cúcuta. "Tanto el sistema de salud público como el privado en Venezuela [están] casi a punto de colapsar", dijo el Sr.

Calderón. Según los trabajadores del S.J.R., muchos hospitales venezolanos ya no pueden realizar cesáreas, y las venezolanas embarazadas corren el riesgo de desnutrición debido a la escasez de alimentos en el país.

El Servicio Jesuita a Refugiados paga por un examen de ultrasonido para cada mujer venezolana embarazada que identifiquen. Casi siempre es el primer ultrasonido que la madre ha recibido. A veces llega demasiado tarde. Un trabajador del S.J.R. habló de una refugiada venezolana cuyo ultrasonido reveló que su hijo había estado muerto dentro de ella durante casi un mes debido a la desnutrición. La mujer se negó a creerlo y regresó a Venezuela, llevando a su hijo muerto dentro de ella.

El S.J.R. continúa revisando a las mujeres venezolanas alrededor de Cúcuta, realizando visitas post-natales para recopilar información y ayudar a satisfacer las necesidades básicas de las madres y los recién nacidos. Una de esas madres es Jenny, una venezolana de 25 años que recientemente dio a luz en Colombia. Jenny dejó dos hijos en Venezuela, uno de 4 años y otro de 2, y vino a Colombia en busca de una forma de enviar dinero a casa. "No pude conseguir comida", me dijo. "No importa cuánto trabajamos el padre y yo, el dinero no era suficiente. Sin desayuno, sin cena. Los padres se van [para Colombia]. En Venezuela, todo es abuelos y niños ahora".

Jenny dejó a dos niños en Venezuela cuando vino a Colombia a trabajar, vendiendo su pequeña parcela de tierra para pagar el pasaje. Pero cuando se quedó embarazada en Colombia, Jenny supo que por el bien del bebé no podía regresar a Venezuela. "En Venezuela, no hay nada", dijo ella. "Para obtener atención en un hospital, uno necesita comprar todo. Necesitas comprar los guantes; si es necesario, incluso necesitas comprar las agujas ... Mucha gente ha muerto por falta de atención médica".

Jenny se hospeda en el refugio Scalabrini en Cúcuta, que se ha convertido en un centro para las madres migrantes venezolanas y sus hijos. El refugio es uno de los muchos en todo el continente americano administrado por los sacerdotes Scalabrini, quienes se fundaron en 1887 para ayudar a los inmigrantes italianos en los Estados Unidos y Brasil. "La migración no es nada fácil. Los Colombianos ayudan. No todos son malos; al igual que los Venezolanos, hay buenos y malos [entre todos]?", dijo Jenny. Sin embargo, tiene pocas esperanzas de que la situación en Venezuela mejore con el régimen actual. Pero por ahora, Jenny tiene sus ojos fijos sólo en el futuro. No está segura de si debe regresar a Venezuela con su recién nacido o traer a sus dos hijos mayores a Colombia. "Algunas mujeres que se quedan aquí comienzan a llorar, diciendo que esto es terrible, que quieren volver", dijo ella. "Pero otras dicen, no, adelante, nunca hacia atrás. Ni siquiera piensen en volver a cruzar la frontera".

Colapso de Venezuela.

Es difícil exagerar la totalidad del colapso social en Venezuela. Las necesidades básicas como la comida y la medicina son devastadoras. El colapso económico ha alimentado un índice de delitos violentos que se encuentra entre los más altos del mundo. Según la agencia de refugiados de las Naciones Unidas, para noviembre de 2018, el número de venezolanos que han huido. Nada de esto se suponía que sucediera. Venezuela, hogar de algunas de las reservas de petróleo más grandes del mundo, fue una vez uno de los países más ricos de América Latina, con un producto interno bruto muy por encima de sus vecinos. Pero en 1998, décadas de severas desigualdades y corrupción política llevaron a los venezolanos a elegir democráticamente a Hugo Chávez, un ex oficial del ejército que había sido encarcelado por participar en un golpe de estado fallido en 1992. Llamó a su movimiento "Bolivariano" por Simón Bolívar, el presidente Chávez prometió a todos los venezolanos que compartirían la riqueza de la nación y venció la feroz oposición del orden político establecido y la clase empresarial, incluido un intento de golpe de estado en su contra en 2002. El Sr. Chávez consolidó el poder y redistribuyó la riqueza producida por la compañía petrolera estatal de Venezuela para los pobres en forma de servicios sociales. Esto le ganó el apoyo popular incluso cuando debilitó las instituciones democráticas y reprimió a sus oponentes políticos, a quienes pintó como representantes de los Estados Unidos.

En el momento de su muerte por cáncer en marzo de 2013, los 14 años en el poder del presidente Chávez dejaron en blanco el sistema constitucional de Venezuela y la economía dependía peligrosamente de su sector petrolero mal administrado. El sucesor designado de Chávez, Nicolás Maduro, continuó la consolidación del poder político, incluso a medida que crecían las señales de advertencia económica. En 2014, el gobierno Venezolano respondió violentamente a una ola de protestas estudiantiles impulsadas por la alta inflación y la escasez de alimentos. Poco después, el precio del petróleo se derrumbó, llevando consigo una buena parte del PIB de Venezuela.

A medida que las condiciones económicas dentro de Venezuela empeoran, el gobierno se está volviendo cada vez más represivo. Freedom House, Amnistía Internacional y Human Rights Watch han documentado la creciente represión y los abusos a los derechos humanos año tras año. Después de la disputada elección presidencial en 2018, se vio al Sr. Maduro regresar al poder, la Organización de los Estados Americanos aprobó una resolución que pedía la suspensión de la membresía de Venezuela, lo que indica que el gobierno de Venezuela está cada vez más aislado no sólo de los Estados Unidos sino también de sus países latinoamericanos amigos.

Si bien el gobierno de Maduro ha desafiado por mucho tiempo las predicciones de su inminente colapso, los dramáticos desarrollos en enero de 2019 indican que el tiempo del régimen podría estar agotándose. Después de las crecientes protestas, Juan Guaidó, el Presidente de la Asamblea Nacional de Venezuela de 35 años, se declaró a sí mismo como Presidente Interino de Venezuela "hasta que se realicen elecciones libres y transparentes". El Sr. Guaidó se ganó rápidamente el reconocimiento como el legítimo Jefe de Estado de Estados Unidos, la mayor parte de la Unión Europea, Colombia y muchas otras naciones Latinoamericanas. Nicolás Maduro, sin embargo, todavía tiene el apoyo de los militares.

"Esperamos que Dios tome el control de esto, que Venezuela regrese a un gobierno normal", dijo un refugiado venezolano, que deseaba permanecer en el anonimato. Se había visto obligado a huir de Venezuela después de delatar al ejército venezolano por vender comida en el mercado negro. "Tenemos fe en Dios, que este gobierno, tarde o temprano, caerá. No podemos tener miedo de ser encarcelados, torturados o asesinados. Queremos regresar a nuestro país algún día, el lugar que nos vio nacer, para estar con nuestras familias".

Paz, ¿No hay justicia?

Si Venezuela es un país que una vez fue próspero y que enfrenta una ruina, Colombia está mostrando signos de finalmente pasar la página después de ser uno de los países más violentos del mundo. En 2015, los históricos acuerdos de paz colombianos entre el gobierno de Colombia y las FARC representaron el desarrollo más esperanzador en el país Sudamericano después de décadas de guerra. El Papa Francisco dio la bienvenida a los acuerdos de La Habana y mantuvo la promesa de visitar Colombia una vez que se alcanzara un acuerdo de paz. Pero después de décadas de guerra, la paz puede sentirse como una injusticia para muchos Colombianos. Algunos sintieron que el acuerdo ofrecía clemencia a los guerrilleros de izquierda responsables de décadas de atrocidades. Otros consideraron que el acuerdo no abordaba los crímenes de guerra cometidos por los grupos paramilitares de derecha alineados con el gobierno.

El proceso de desarme también ha creado un vacío de poder, especialmente en la región de Catatumbo, en el noreste de Colombia, cerca de la frontera con Venezuela. Las FARC eran sólo el más grande de los grupos guerrilleros de izquierda. En ausencia de las FARC, tanto el Ejército de Liberación Nacional como el Ejército Popular de la Liberación continúan luchando contra el gobierno, así como entre ellos, por el control del territorio del narcotráfico.

Para apuntalar el proceso de paz en la región, el S.J.R. se centra en eliminar el cultivo de coca para romper el ciclo de violencia asociado con el tráfico de drogas. El S.J.R. también ha reasentado a miles de desplazados internos colombianos dentro de Cúcuta, en particular, aquellos que enfrentan amenazas de violencia o represalia por parte de guerrillas o facciones paramilitares.

No muy lejos de la cima de la colina donde Simón Bolívar ganó su famosa victoria, vive una familia de desplazados internos - una madre, un padre y dos hijos - del Catatumbo, quienes deseaban permanecer en el anonimato. El marido había sido un mensajero en motocicleta y llevaba paquetes de aldea en aldea a lo largo de las traicioneras carreteras de la jungla. Su esposa me contó la historia; el propio marido estaba tan conmocionado que no podía hablar del incidente. Un día, fue presionado a mover drogas. Cuando se encontró con un bloqueo militar, desechó las drogas, provocando la ira de los traficantes. Poco después lo amenazaron nuevamente y le dieron un día para salir del Catatumbo o arriesgarse a que lo mataran. Fue la esposa quien despertó a la familia, hizo las maletas y se puso en contacto con los contactos de la Diócesis de Tibú, quienes sacaron a la familia. No es la primera vez que esta mujer tiene que huir. Ella había huido de su aldea natal años antes, después de que sus hermanos fueran asesinados por guerrilleros - o quizás paramilitares. "Nadie sabe realmente quién mata a quién", dijo ella de manera casual.

El legado más sorprendente del conflicto interno de múltiples lados de Colombia son las familias mixtas. Después de las masacres, los sobrevivientes de diferentes familias se emparejan y forman una nueva familia. Un hombre que ha perdido a su esposa tomará como nueva esposa a la mujer que perdió a su esposo. Los niños huérfanos serán acogidos por familias cuyos hijos fueron asesinados. Así que los lazos de la comunidad se conservan incluso en las circunstancias más duras.

Un futuro incierto.

Las tensiones del conflicto Colombiano estaban en la mente de todos en las elecciones presidenciales del 17 de junio de 2018. Las elecciones enfrentaron a Ivan Duque, un opositor de línea dura educado en la Universidad de Georgetown del acuerdo de paz de 2016, contra Gustavo Petro, un izquierdista y ambientalista quien fuera brevemente un guerrillero él mismo. En muchos sentidos, el hecho de que el conflicto Colombiano se resolviera en la urna y no con balas fue en sí mismo un signo enormemente positivo de lo lejos que ha llegado Colombia.

Sin embargo, los acontecimientos políticos desde la elección pueden ser un mal augurio para el proceso de paz difícil de lograr. El Sr. Duque, quien calificó el acuerdo de paz con las FARC como "un monumento a la impunidad" ganó arrolladoramente. Su victoria es ampliamente vista como un mandato para una línea más dura en los grupos guerrilleros. En el Catatumbo, muchos vieron su

elección con temor. "La paz habrá terminado?", preocupó un ex productor de coca. En enero de 2019, el Secretario de Estado de los EE. UU., Mike Pompeo, prometió el apoyo de los EE. UU. a los nuevos esfuerzos de erradicación de Colombia, buscando reducir la producción de coca en un 50 por ciento para 2023.

El Presidente Duque también jugó con los temores entre los votantes de que lo que sucedió en Venezuela podría suceder en Colombia, etiquetando a su oponente de izquierda como socialista. De hecho, algunos refugiados venezolanos expresaron su apoyo al Sr. Duque durante la campaña, con la esperanza de que liderará los esfuerzos para expulsar al Presidente Maduro del poder. Pero es posible que el Sr. Duque también implemente medidas más severas para detener el flujo de venezolanos hacia Colombia. En Cúcuta, donde el sentimiento contra los refugiados es alto, el Sr. Duque ganó casi el 80 por ciento de los votos en medio de una alta participación.

Pero por ahora, Colombia sigue siendo el destino para un número creciente de venezolanos. Gran parte del resto de América Latina está cerrando sus puertas, poniendo fin a una larga tradición de fronteras relativamente abiertas en el continente. La elección del congresista de extrema derecha Jair Bolsonaro, denominado como el "Trump brasileño", ya que el Presidente de Brasil probablemente aumentará drásticamente la presión migratoria en Colombia.

En Venezuela, si Maduro responde con fuerza a lo que su gobierno ha calificado como "un golpe de estado", el Presidente Trump ha declarado que "todas las opciones están sobre la mesa", las continuas amenazas militares contra Venezuela que se remontan a 2017, los expertos en Seguridad Nacional de los Estados Unidos, sin embargo, han argumentado que una intervención de este tipo podría ser un desastre, más probable que se parezca a las ocupaciones de Irak y Afganistán durante una década que a las rápidas invasiones de Granada o Panamá. Con toda probabilidad, un conflicto armado solo empeoraría la crisis de refugiados.

Sin embargo, algunos refugiados venezolanos recibirían con agrado la acción militar, ya que cualquier cosa es preferible a la situación actual. "Tengo a mi familia allí; me duele decir esto ... pero dejen que los gringos vengan e invadan mi país y lo saquen [a Maduro] de un golpe", me dijo un refugiado venezolano. "[Maduro] ha dicho 'rifle contra rifle'. ¿Quiere rifles? ¡Que los gringos vengan e invadan! ¡Si él quiere plomo, déjalos que den plomo!".

Lo único que Estados Unidos podría hacer para mejorar dramáticamente la situación de los venezolanos sería re-aseentarlos como refugiados. Sin embargo, a pesar de tomar una línea dura sobre el régimen de Maduro, la Administración Trump ha hecho poco por los refugiados venezolanos. De hecho, los venezolanos han sido deportados a Venezuela, incluso cuando la Administración Trump condena al gobierno venezolano por motivos de derechos humanos. Con los Estados Unidos desaparecido en acción, nadie viene a ayudar a Colombia a soportar la carga.

"No parece haber un mejoramiento de la situación económica, política o social que impida que las personas huyan de Venezuela", dice el Sr. Calderón. "En cambio, lo que vemos es que cada vez que las personas que son más vulnerables, más pobres, llegan a la frontera ... el sistema de refugiados de Colombia es demasiado débil [para acomodarlos]".

Desde las oficinas pequeñas y destantaladas del S.J.R en Cúcuta, el Sr. Calderón examina el continente: "En toda América Latina, estamos viendo varios movimientos de migrantes, donde vemos tanto dolor humano. Eso es lo que vemos en las calles de Cúcuta: gente en las calles, con poca comida, a merced de la discriminación y la criminalización. En juego aquí hay valores espirituales muy profundos sobre la dignidad humana y sobre la protección de esa dignidad".

El Sr. Calderón, quien ha estado en Cúcuta desde 2010, más que casi cualquier otro trabajador del S.J.R, no se muestra como remotamente optimista. Al mismo tiempo, a través de su cansancio, nunca insinúa darse por vencido. "Colombia tiene que recordar lo que los países en esta región han representado para nosotros en el pasado, como países que dieron la bienvenida a nuestra gente. Tenemos que hacer memoria histórica de esa hospitalidad. Ahora nosotros no debemos ser inferiores al desafío de la historia".

El sueño de Simón Bolívar de una Colombia y Venezuela unida es seguramente parte de ese desafío. La memoria de Bolívar continúa ejerciendo una poderosa atracción sobre la imaginación de ambos países. Hay una razón por la cual Hugo Chávez reclamó el nombre de Bolívar por su revolución. Quizás todavía haya algún sentimiento de hermandad entre Colombianos y Venezolanos que esperan ser redescubiertos.

Autor: Antonio De Loera-Brust

* Artículo reproducido con el debido permiso de America the Jesuit Review. America the Jesuit Review no se hace responsable por la traducción. La traducción ha sido realizada por Francisco Luciani para Teología Hoy